

1. ¡Me dio la rebeldía!

Juan Carlos Burga (M)

“Me dio la rebeldía, con 13 y 14 años. Aprobé hasta 2º de la ESO, pero suspendí 3º. Repetí y lo dejé a mitad de curso. Me pelaba todas las clases. No quería ir al instituto. No quería”, recuerda Sara Romero Olmedo con 17 años y recién graduada con su título de ESO debajo del brazo y su matrícula formalizada para estudiar bachillerato de Humanidades. Sara ha superado con éxito dos años en el Programa de Cualificación Profesional Inicial (PCPI) en un instituto de Paiporta (Valencia). “Quiero ir a la universidad”, afirma con entusiasmo”. *El País*, 03/09/2012 (Adolescentes sin título).

Desde el tratado de Lisboa (2007), la UE se propuso superar el nivel de eficiencia y competitividad de la economía estadounidense para el año 2010. Para ello en materia educativa – por resumir mucho – apostó por lo que llamó “la gestión del conocimiento”.

Las sociedades del conocimiento permitirían a los países desarrollados competir con los países en vías de desarrollo (PVD) sobre la base de la calidad de los productos, en lugar de por el precio del trabajo, es decir, de los salarios. Dado que los países europeos no pueden competir con los salarios bajos de los países como China o la India, la alternativa es que la competitividad se base en el alto valor añadido de una fuerza laboral de elevada cualificación, centrándose en la producción de productos y servicios que requieren para su producción un nivel alto de cualificación, especialización y educación.

Según esta estrategia, si un trabajador recibe un salario bajo, la solución es que estudie más para alcanzar un mayor conocimiento y, al aumentar su productividad, obtendrá un mejor salario. Se trata de una estrategia mercantilista, cuya mercancía no es el salario, sino el conocimiento, pero “mercancía” al fin y al cabo.

Nos encontramos ante una gran paradoja para toda una generación. Se les ha repetido machaconamente que “eran la mejor preparada de la historia de España” –seguramente con razón – pero hoy se sienten frustrados porque su hipercualificación les lleva a emigrar forzosamente en busca de un trabajo o aceptar salarios *seisciento-euristas*. No parece por tanto que la mercancía “salario” ni la mercancía “conocimiento” haya servido para “competir” en este mercado global que explota a los formados y, a los fracasados, los excluye.

Pero igual no todo está perdido. Con todos los peros, cautelas y reservas que se quieran hacer,

hay todo un sector de la juventud que hoy habla de economía colaborativa y no solo de competitividad y lo “yupi” ya no está de moda. Han llenado las plazas y han querido convertirlas en ágora. Entre ellos, están algunas **Sara Romero**, que gracias a un programa de garantía social no acabaron entre los excluidos y, hoy, se patean las calles para que en ellas no haya más desahuciados de sus viviendas o no se corte la luz a unos pensionistas. Lo mismo mañana es diputada de algún partido de los que hoy llaman emergentes. ¿Repetirá lo de sus mayores?

